

La transmisión de la fe en la Iglesia actual.

Apuntes a favor de un discernimiento

*DONACIANO MARTÍNEZ ÁLVAREZ**

PRESENTACIÓN Y DELIMITACIÓN DEL TEMA

Os saludo con las palabras de Francisco: paz y bien; y añado una tercera palabra: gracias por haber contado conmigo para el apasionante tema de la transmisión de la fe.

Me habéis pedido que reflexione con vosotros sobre la transmisión de la fe en la Iglesia actual después de haber reflexionado, el año pasado, sobre la transmisión de la fe en la sociedad de hoy.

Ante un tema tan amplio y ya reflexionado, era necesario precisar el ángulo de tratamiento. Para ajustarme bien al enfoque solicitado, he escuchado detenidamente las palabras del amigo Luis Otero. Me ha indicado que centrara mi reflexión sobre el ejercicio de la Iglesia en su misión de transmitir la fe señalando las dificultades que encuentra en esa acción y sugiriendo, en la conclusión, posibles pistas de respuesta; además, teniendo en cuenta la temática anteriormente trabajada, mi intervención no tenía por finalidad reflexionar sobre la etapa misionera del proceso evangelizador.

* Profesor de Catequética del Instituto Teológico. Palencia.

Desde estas indicaciones he entendido vuestra propuesta como una invitación a realizar una lectura de la situación en la que se encuentra la transmisión de la fe en el proceso de la iniciación cristiana (en el proceso que de hecho estamos realizando) prestando especial atención a las dificultades que realmente estamos encontrando. Pretendo que esa lectura entrañe un discernimiento de la realidad que nos disponga a una respuesta pastoral catequética.

Creo que las dificultades más interpelantes que tenemos son las que experimentamos en la transmisión de la fe a las nuevas generaciones. Por ello he centrado mi comunicación en esta perspectiva.

Reconozco que el prototipo de la iniciación cristiana es la iniciación de adultos camino del bautismo o de una reasunción del mismo que implique algo más radical que sólo una actualizada renovación cristiana. Pero reconocamos también que, en este campo de «verdaderos catecumenados», el desafío pastoral que tenemos es el de su misma creación; es un reto fundamental que necesitamos trabajar, pero, explícitamente, no ha sido el tema que me habéis propuesto.

Por ello, aunque las aportaciones de mi reflexión sirven para la transmisión de la fe en general, tienen, además, una referencia especial de aplicación práctica al proceso catequético continuo de iniciación cristiana, al filo del proceso de devenir persona en libertad.

Al trabajar en esta dirección, he procurado no entrar en el terreno de la segunda comunicación (*Retos desde la catequesis*). De todos modos, al estar implicadas ambas reflexiones, seguro que se van a entrecruzar y ojalá sea de un modo coherente y complementariamente enriquecedor.

También quiero indicaros que el estilo de mi intervención es el de presentar unos apuntes para el debate; así lo manifiesto explícitamente en el subtítulo «Apuntes para un discernimiento». El tono, por tanto, de esta intervención

no va a ser el del discurso elaborado y justificado con citas de documentos catequéticos; más bien se trata de unas notas que intentan organizar, de forma reveladora, los distintos datos de la situación, y que además tienen el atrevimiento de leerlas pastoralmente apuntando una propuesta de fondo, para abrir un nuevo camino de respuesta y sugerir líneas orientadoras de posible actuación.

Divido la reflexión en los siguientes apartados:

I. Mirada a la realidad

1. Aproximación al hecho
2. Complejidad y pluralidad de la situación
3. Diversidad de factores y pluralidad de situaciones

II. Ensayo de lectura apostólica

1. Un nuevo giro
2. Propuesta de un nuevo paradigma
3. Hacia un nuevo modelo de iniciación cristiana procesual

III. Una invitación

I. MIRADA A LA REALIDAD

1. APROXIMACIÓN AL HECHO

Inicio la comunicación con una mirada a la situación, con la intención de hacer una lectura de la realidad de la transmisión de la fe. Lógicamente, la descripción que hago cuenta con los datos que la sostienen y que validan la lectura, pero no tengo la pretensión de ofrecer datos estadísticos, propios de un estudio sociorreligioso, que no es lo que me habéis pedido.

1.1. El devenir de la misión en Europa

Década a década, vamos descubriendo el calado y las implicaciones que tiene la evangelización en la nueva Europa.

Progresivamente van apareciendo la radicalidad y la novedad de exigencias que plantea a nuestro quehacer pastoral el autocomprendernos como tierra de misión; se va desvelando la anchura y el alcance que este nuevo planteamiento entraña para todo el conjunto de tareas pastorales, tal y como se vienen desarrollando hasta el momento; cada día aparece con más exigencia la necesidad de que dichas tareas deben ser re-planteadas, re-pensadas, re-formuladas y ensayadas desde la nueva situación; en una palabra, la evangelización-hoy radicaliza la novedad de planteamiento y de realizaciones pastorales, si pretendemos que la óptica misionera se convierta en algo más que vocabulario oficial.

Seguimos de reforma pastoral en una etapa posconciliar nueva. Esta etapa, según creo, no debe caracterizarse por la pretendida revisión de excesos en la aplicación conciliar, sino por la llamada profética a dar un paso evangelizador nuevo hacia adelante que habría que conjugar con una llamada mística a la hondura.

Concretamente, refiriéndonos al tema que nos ocupa, la situación que vivimos nos está conduciendo a experimentar lo que es y lo que supone la gestación creyente hoy, la experiencia viva de nacer a la fe en nuestra cultura. Con más frecuencia de lo que creemos, nuestra reforma se ha dedicado a corregir la pastoral de cristiandad y renovar la vivencia cristiana ya existente. Hoy vivimos el desafío de ir al corazón del misterio desde el interior de la nueva cultura emergente y adivinar nuevos caminos en la comunicación de la fe.

He aquí un nuevo reto verdaderamente apasionante para el apóstol de hoy, para su vida y su tarea. Decir apasionante no es decir fácil, es mostrar un empeño capaz de embargar la existencia de un discípulo del Señor con pleno sentido y despertar el entusiasmo. Ya sé que esta afirmación contrasta con las constataciones de cansancio y falta de ilusión; precisamente por eso hago esta indicación como razón para una nueva pasión pastoral.

Pues bien, en este camino emprendido de adentrarnos en la misión evangelizadora en esta hora de Europa, deseo situar el tema que habéis propuesto.

Cuando hablamos de evangelización misionera, entendemos que nuestra actividad no ha de encerrarse en el servicio a la comunidad ya establecida; ha de salir a los caminos de la sociedad con presencia solidaria y testificante y necesita aprender a establecer un diálogo evangelizador que permita hacer la primera oferta, el primer anuncio del Evangelio al mundo de la acreencia, de la indiferencia religiosa, del desconocimiento o del olvido de la propuesta cristiana.

Esta acción misionera da paso a un tiempo, también evangelizador, de iniciación a la fe, de recorrer el itinerario de la fe con quienes se interesan por el sentido de la vida, por Jesús y su Evangelio. Todo un reto a nuestras Iglesias locales, que sigue pendiente.

Junto a este desafío, hay otro también misioneramente evangelizador, llamativo e interpelante, que acontece en relación con bautizados a los que sí llegamos y nos dedicamos en nuestras tareas catequéticas habituales pero a los que no conseguimos transmitir el cristianismo.

1.2. Un hecho interpelante

Esta tarea de transmitir la fe a los bautizados al nacer, presenta una serie de dificultades que exigen de nosotros una profunda revisión. Entiendo que hay dos alternativas para realizar esta revisión: analizar y ofrecer una respuesta a cada una de las dificultades o contemplarlas en su conjunto con una mirada global que revele la significación mayor de la situación.

En la primera alternativa deberíamos comenzar por enumerarlas. Los obispos de Pamplona, Bilbao, San Sebastián y Vitoria en su carta pastoral de Cuaresma-Pascua 2001 *Transmitir hoy la fe*, en la primera parte, en el punto segundo titulado «la crisis en la transmisión de la fe», presentan las dificultades organizadas en torno a los siguientes apartados: en la familia, entre los jóvenes, en la enseñanza y en la catequesis.

Si yo tuviera que enumerarlas, las organizaría en los siguientes núcleos:

- en relación a las *repercusiones de los cambios de la sociedad* en el cristianismo...
- en relación a la *fisonomía humana-religiosa-cristiana* de los destinatarios...
- en relación a la *comunidad cristiana* en cuanto ámbito de la iniciación...
- en relación al *tipo de familia* a la que pertenecen los catequizandos y al modo de su vinculación con la comunidad cristiana...
- en relación a la *acción catequética*, a su *concepción*, a su *dinamismo evangelizador* y a su *desarrollo real como proceso de iniciación*...

- en relación a las claves pedagógicas y más concretamente en relación a los *itinerarios metodológicos* y al *lenguaje del imaginario cristiano...*
- en relación a los agentes de pastoral y concretamente en relación al *catequista*, a su perfil como *iniciador* en la fe...

Pienso que este modo de abordar el tema puede conducirnos a respuestas interesantes pero que, por fragmentadas, no nos van a proporcionar la clave interpretativa de la situación.

Por ello, mi opción ha sido la segunda alternativa: verlas en su conjunto y leer esas dificultades, más que como adversidades, como síntomas de una nueva situación, como indicadores de la necesidad de un cambio en las condiciones para la transmisión.

En este tipo de mirada interpretativa, el dato mayor que emerge es el de encontrarnos ante una grave crisis en la comunicación de la fe; constatamos que, sin salir a los caminos del mundo, en el interior mismo de nuestras comunidades cristianas no acertamos a transmitir la fe a los que están o vienen por casa.

Este es el hecho interpelante que os invito hoy a reflexionar: *no conseguimos* transmitir el cristianismo, la experiencia cristiana, a las nuevas generaciones bautizadas, surgidas en el interior de las familias y las comunidades cristianas y que pasan por nuestras catequesis de iniciación.

Así lo reconocen los responsables de las comunidades, los catequistas y otros educadores cristianos, al evaluar su actividad catequética. Es un dato preocupante que está presente en los diálogos y en las programaciones pastorales. Y así lo manifiestan, también, un número importante de padres cristianos al hablar del alejamiento de sus hijos después de que estos hayan pasado por un no escaso número de actividades catequéticas y otros tipos de mediaciones transmisoras de la fe.

Posiblemente este fallo de relevo generacional nos llame más la atención, nos golpee con dolor y despierte no sólo preocupación y desencanto, sino incluso alarma, porque nos sorprende como una progresiva reducción del grupo cristiano que amenaza el futuro. El envejecimiento de las comunidades es un dato de simple fotografía.

Los obispos franceses expresan esta misma realidad en su carta *Proponer la fe a la sociedad actual*; después de señalar la crisis generalizada de transmisión (Primera parte, I.4.) afirman que «la situación actual acarrea nuevas dificultades. De hecho la comunicación de la fe se encuentra hoy en día comprometida o muy dificultada en amplios sectores de la sociedad francesa...» (Primera parte, III.1.: «De lo heredado a lo propuesto»).

Los sociólogos confirman estas apreciaciones de los pastores con sus estudios sociorreligiosos en los que encontramos una constatación reiterada: «el proceso de transmisión de las tradiciones religiosas está gravemente precarizado»... «estamos ante una crisis de la reproducción institucional de lo religioso...» (J. P. Willaime «Les religions et l'unification européenne» en *Identités religieuses en Europe*, La Découverte, París 1996, p. 312; D. Hervieu-Léger «Pour une sociologie de la transmission religieuse» en *Figures des Dieux*, De Boeck Université, París 1996, p. 138).

Elzo y González-Anleo, en la tantas veces citada encuesta *Jóvenes españoles 99* (Fundación Santa María, SM, Madrid 1999, pp. 314, 305) hablan del agotamiento de la socialización religiosa de los jóvenes y de la pérdida de la transmisión religiosa entre generaciones.

Comparando los datos observados en diferentes naciones europeas, comprueban que España presenta «el más alto porcentaje de... pérdida de la transmisión religiosa...» y concluyen diciendo que son indicativos de «*la gran falla que se ha producido en España en la transmisión religiosa*».

Este es el punto de partida de la reflexión que Juan Martín Velasco nos ofrece en su libro *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*

(Sal Terrae, Santander 2002); su luminosa propuesta es una de las guías de mi reflexión.

Denis Villepelet, en su ponencia de la primera jornada del Coloquio sobre Catequesis en el ISPC, París, febrero 2003 *Los desafíos actuales de la tarea catequética en Francia* presentaba la misma situación problemática y señalaba la necesidad de repensar en profundidad un sistema catequético que no corresponde ya a la situación» (citado por E. Alberich, en «Un nuevo paradigma para la catequesis», *Catequética*, enero-febrero 2004, p. 3).

Podemos, pues, concluir que estamos ante una crisis en la comunicación de la fe, o dicho en otro lenguaje para mí más acertado, estamos ante una crisis en el acompañamiento para desarrollar la adhesión personal al misterio de la fe cristiana. Una crisis en el sentido de fracaso que nos pide repensar el modelo de transmisión establecido.

Se trata de una cuestión fundamental para la iniciación cristiana porque entre nosotros son una pequeña minoría los adultos o jóvenes que realizan la iniciación antes del bautismo. El proceso ordinario sigue siendo la iniciación después del bautismo, es decir, el proceso de iniciación de los bautizados al poco tiempo de nacer. Estamos ante un desafío básico en la tarea de la transmisión de la fe a las nuevas generaciones.

1.3. Posturas ante la crisis

Ante esta crisis aparecen distintas posturas teóricas y/o prácticas manifestadas de forma explícita y directa o implícita e indirectamente. Las evoco críticamente porque es necesario clarificarlas en orden a una buena interpretación del hecho que nos interpela y de cara a proponer una acertada respuesta catequética. No niego que esas posturas lleven parte de razón pero pienso que no revelan el verdadero reto pastoral.

Creo que no podemos evadir la interpelación que el hecho hace a nuestra pastoral y echar la culpa al mundo en el que vivimos diciendo que está secularizado, es empirista, pragmático y consumista de sensaciones, vive indiferente e incluso es insensible a lo religioso y, además, es débil para poder responder al compromiso cristiano.

Martín Velasco llama a estas posturas, coartadas para ocultar el hecho y nuestra responsabilidad (*op. cit.*, p 22). Los obispos franceses en la carta anteriormente citada confiesan que aceptan sin vacilar situarse en el contexto cultural de hoy en día, que es justamente en ese contexto donde quieren poner por obra la fuerza de la propuesta del Evangelio rechazando toda nostalgia de épocas pasadas pues piensan que los tiempos actuales no son más desfavorables que los tiempos de nuestra historia pasada... sino que son las condiciones nuevas de la propuesta cristiana (Primera parte I.1. y III.1.).

Menos aún podemos caer en la tentación, que llega desde algunas instancias, de retroceder en la reforma catequética y simplificar, reducir y concentrar la iniciación cristiana volviendo a una transmisión nocional y puntual del catecismo con una concentración sacramental en la edad de la razón.

Tampoco es respuesta pastoral la postura más generalizada de dejarnos llevar por el cansancio y el desencanto y refugiarnos con pasividad en el planteamiento que tenemos sin renovar lo que sea necesario, esperando que el tiempo nos imponga una solución.

Es digna de atención la afirmación de que somos pobres en espiritualidad, de que a la Iglesia, a las comunidades, a los catequistas nos falta Espíritu. ¡Cómo no aceptar una llamada a la autenticidad creyente de los agentes de la evangelización para que seamos testigos, luz, sal y levadura! Es verdad, pero creo que no acierta con la clave de interpretación de la crisis.

Reconocemos también que, con frecuencia, queremos transmitir un cristianismo que, además de falto de vida, parece anacrónico; los transmisores no

hemos sido capaces de proponer un cristianismo encarnado en nuestra cultura; debemos seguir insistiendo en la necesidad de inculturar el mensaje del Evangelio para que el anuncio sea elocuente y revele mejor toda su significación al hombre de la cultura actual. Esta razón forma parte de la interpretación pero no es una interpretación suficiente.

Pues bien, la intención de mi intervención es colaborar para realizar un buen discernimiento de la situación. Para empezar considero imprescindible considerar el hecho de la crisis como un signo de los tiempos que necesitamos interpretar a la luz del Espíritu; dispongámonos a escuchar la llamada que el Señor nos hace desde esa realidad.

2. COMPLEJIDAD Y PLURALIDAD DE LA SITUACIÓN

Si queremos hacer un buen discernimiento de la crisis, antes de hacer la interpretación pastoral, hemos de adentrarnos en la densidad de la situación porque es de profundo calado, compleja y plural.

Vamos a realizar dos ejercicios que nos pueden ayudar a comprender mejor la compleja y plural densidad de esta realidad. En primer lugar ubicaremos esta crisis en la crisis cultural y en el contexto total de la actividad pastoral. En segundo lugar descifraremos los distintos elementos que integran esta realidad.

2.1. Adecuada ubicación del hecho

Ubicación cultural de la crisis de la transmisión de la fe

Hemos de situar la crisis de la transmisión de la fe en el contexto cultural de hoy. Los obispos franceses, en su carta pastoral, hacen una observación que me parece muy relevante.

«La crisis por la que atraviesa hoy la Iglesia se debe en buena medida a la repercusión, en la Iglesia misma y en la vida de sus miembros, de un conjunto de cambios sociales y culturales rápidos, profundos y que tienen una dimensión mundial.

Estamos cambiando de mundo y de sociedad. Un mundo desaparece y otro está emergiendo, sin que exista ningún modelo preestablecido para su construcción. Ahora bien, a lo largo de toda su historia —especialmente en Europa— la Iglesia se ha solidarizado profundamente con los equilibrios antiguos y con la configuración del mundo que desaparecía. No sólo se encontraba bien insertada en ese mundo, sino que había contribuido ampliamente a su constitución, mientras que la figura del mundo que hay que construir se nos escapa...

Bajo los envites combinados de la generalización del espíritu crítico, del encuentro de las culturas y de los progresos de la técnica, los estilos de vida fundamentales transmitidos por las grandes tradiciones se resquebrajan. Es la gramática elemental de la existencia la que viene a faltar... ya no es posible descansar en las tradiciones y usos recibidos sin hacer un esfuerzo de apropiación personal» (*Proponer la fe en la sociedad actual*, 1.ª parte, I.2.4.)

Siguiendo esta orientación, debemos ubicar la crisis de la transmisión de la fe:

- *En el marco de una crisis más amplia: la crisis de la transmisión de la cultura*, de los valores y las convicciones en las sociedades occidentales, la crisis de la comunicación y el diálogo entre las generaciones de esas sociedades.

Entre otras razones para esa crisis hay que destacar *la quiebra de autoridad de lo tradicional* agudizada por el factor de la llamada «modernidad psicológica» que acentúa la autonomía del individuo en la configuración desregulada de su propio pensar y comportarse.

- *En la sociedad secularizada* en la que vivimos. Nos interesa evocar ahora esta característica porque la secularización lleva consigo la disociación entre la socialización cultural y la religiosa. Si tal transmisión de la fe se opera, ha de hacerse a través de cauces propios, independientes de los que actúan generalmente en los procesos de socialización y de transmisión de la cultura.

Dado el carácter social de todo proceso de transmisión, *es urgente que la transmisión de la fe cuente con ámbitos, suficientemente intensos*, en los que poder encontrar relaciones personales, basadas en vínculos sólidos con personas concretas, que puedan ofrecer procesos personales de identificación; teniendo en cuenta la situación de la familia y la lejanía propia de las grandes instituciones, esos ámbitos serán los grupos vitales abarcables, las comunidades vivas y cercanas.

- *En el derrumbamiento del modelo tradicional de familia* y la aparición de nuevos modelos; a partir de muchos de ellos, los jóvenes actuales ingresan en la juventud con una identidad católica muy debilitada y aterrizan en el planeta juvenil con un capital religioso notablemente disminuido.
- *Y en la búsqueda de un nuevo paradigma de pensamiento que integre la dimensión simbólica*. Hoy parece agotado el imperio del pensamiento racionalista y empirista, técnico y funcionalista, consumista de sensaciones, ciego para cuestiones de profundidad, miedoso para las preguntas que exceden el manejo instrumental. Sin un enérgico «giro simbólico» no hay futuro ni para la cultura ni para la religión occidentales.

Recuperar el valor del pensamiento simbólico no significa tirar por la borda la argumentación y la crítica; equivale a aportar la complementariedad de lo que le falta a la ilustración; apelamos, afirma Mardones, a *la síntesis de la razón simbólica y la razón crítica y reflexiva*, dentro de la cultura y de la religión; se evitarán los extremos y los dualismos, y entraremos en un

pensamiento sano para un mundo más humano (José María Mardones, *La vida del símbolo*, Sal Terrae, Santander 2003, pp. 255-263).

Ubicación de la crisis en la globalidad pastoral

A nadie se nos escapa hoy que la evangelización no se alcanza reformando un fragmento de la totalidad del hacer pastoral; al contrario, la apuesta por la evangelización exige una reforma de la totalidad y nos pide un proyecto evangelizador global y unitario.

Desde esta posición no sería correcto analizar la transmisión de la fe sin contextualizarla en la globalidad pastoral; en ese conjunto aparecen las dificultades y la solución ha de abarcar ese conjunto. Por eso me parece oportuno ubicar la crisis de la transmisión en la globalidad pastoral y aprender a pedir a cada tarea lo que le corresponde.

Este punto lo tenemos más trabajado que el anterior; voy a resumirlo en cuatro afirmaciones:

- Primera. Necesidad de *plantear la transmisión de la fe en la globalidad del proyecto pastoral*, en el plan total y unificado del proyecto pastoral evangelizador de la comunidad.
¿Creéis que es posible responder a la problemática de la transmisión de la fe abordando sólo la catequesis y no todo el proyecto pastoral de la comunidad?
- Segunda. Necesidad de *articular acertadamente la transmisión de la fe en la catequesis de iniciación con las otras etapas* del proceso evangelizador. Hemos de aprender a pedir a cada tarea aquello que le es propio o programar con precisión lo que la evangelización nos pide ante la realidad de los destinatarios con los que nos encontremos.

- Tercera. Necesidad de *relacionar coherente y convergentemente la tarea de iniciación con otros programas y tareas pastorales*.
El proceso de iniciación está muy relacionado con un replanteamiento de la pastoral bautismal, de la pastoral familiar, de la pastoral juvenil, de la misión en el mundo juvenil... Es necesario cuidar la convergencia de intenciones y realizaciones.
- Cuarta. Necesidad de *ubicar la transmisión de la fe en la realidad de la comunidad*, en su concreta vivencia comunitaria y en su articulación con el mundo.

¿Puede plantearse la transmisión de la fe sin referirnos a la comunidad de la transmisión?

3. DIVERSIDAD DE FACTORES Y PLURALIDAD DE SITUACIONES

Nunca la transmisión de la fe se ha hecho únicamente mediante la actividad desarrollada en el horario catequético.

Además, «el acto catequético, como se insistió en el cuarto atelier del citado Coloquio del ISPC, es un acto comunitario y eclesial que moviliza una pluralidad de perspectivas, de lugares y de agentes, sin que ningún catequista pueda responder a ellos él solo. Es el fin del catequista solitario» (Emilio Alberich, *op. cit.*, p. 7). Yo diría que no sólo no puede responder el catequista «él solo» sino que no puede responder la catequesis «ella sola» pues se precisa todo un conjunto amplio de factores, lugares y agentes que intervienen en la transmisión.

En la presentación de dicho coloquio se decía que a lo largo de las diferentes reuniones hemos podido constatar que las condiciones del ejercicio

de la catequesis se encuentran trastocadas: nuevo contexto, modificación fundamental de las condiciones de la transmisión de la fe, inadaptación de programas e itinerarios existentes... Lo hemos constatado en Francia e igualmente en Italia, en España o en Quebec. Y por tanto las propuestas que seguimos haciendo no responden a esas condiciones, a esa situación.

Por otra parte, si observamos los grupos de nuestras catequesis de iniciación necesariamente descubrimos que están habitados por personas que viven distintas situaciones y tienen diversas sensibilidades que es necesario atender.

No saber reconocer los distintos elementos con sus modificaciones y no saber diferenciar las distintas situaciones y sensibilidades, nos puede llevar a hacer propuestas que no responden a las nuevas condiciones.

Enumeramos sucintamente algunos factores que nos parece han de ser tenidos especialmente en cuenta tanto a la hora de valorar la situación como a la hora de elaborar la respuesta.

— *Los nuevos rasgos culturales* de la mujer y hombre europeos de nuestros días —junto con los rasgos más específicos provenientes de los distintos *ambientes* a los que los que pertenecen los destinatarios de nuestra tarea— son parte fundamental de las condiciones que hemos de asumir en el empeño por transmitir la fe.

Hemos insistido ya en la necesidad de ubicar la transmisión de la fe en la cultura de hoy; es la nueva condición en la que tenemos que proponer el Evangelio y en la que tenemos que acoger el don de la fe (*Proponer la fe en la sociedad actual*, 1.ª parte, III.1).

Voy a incluir en este punto *el deslizamiento de los sacramentos de la iniciación cristiana hacia un nuevo tipo amable de religiosidad popular*, hacia un rito de sociología religiosa poscristiana. No evoco esta cuestión

movido por una visión excluyente de la debida valoración que requiere el tema de «lo popular» y de «la base sencilla del cristianismo», sino para indicar la necesidad de discernir adecuadamente las distintas situaciones.

— *La diversidad de jóvenes y de infancias.* Los sociólogos nos enseñan que no hay que hablar de la juventud como si se tratara de una categoría uniforme, sino de jóvenes. Y lo mismo debemos decir de la adolescencia y la infancia.

Las afirmaciones generales pueden igualar o difuminar las reales diferencias internas, dato que es ineludible a la hora de la transmisión de la fe. (Estudio sociológico de la Fundación Santa María, *Jóvenes españoles 99*, SM, Madrid 1999, p. 404).

Nos referimos a las diferencias existentes entre ellos en función de la diversa experiencia religiosa y también en función de la diferente experiencia humana, del diverso nivel de desarrollo de su ser como sujeto humano y de las herramientas que estén recibiendo para elaborar su proyecto de vida.

— Los distintos tipos de familia y de hogar a los que pertenecen las personas de los grupos de iniciación.

El citado estudio sociológico nos dice, en la p. 413, que la capacidad socializadora de la familia depende fundamentalmente de la estructura interna de la propia familia. Allí donde haya una familia con consistencia ideológica y emocional, no hay instancia socializadora que sea más fuerte a la hora de conformar hábitos, estructuras de pensamiento, actitudes y valores.

Tengamos, pues, en cuenta los distintos tipos de familia de pertenencia de aquellos que forman nuestros grupos no sólo en función de su postura teórica ante la fe y de su real vivencia cristiana sino también en función de su autocomprensión como familia, de la visión que tengan de su rol educativo incluida su concepción de lo que significa engendrar en la libertad.

— La importancia decisiva de *la comunidad cristiana en la que se debe y se quiere realizar la iniciación*.

Un factor fundamental para la transmisión de la fe es la matriz comunitaria gestadora de nuevos cristianos; preguntémosnos por el tipo de comunidad en la que se vive y se hace la iniciación y no sólo por el tipo de programa catequético que tenemos implantado.

La transmisión de la fe ha de hacerse al margen del proceso de socialización sociocultural. La citada carta de los obispos franceses lo expresa con claridad aleccionadora: «En los tiempos en los que la Iglesia se identificaba con la sociedad global —a pesar de muchas contradicciones y contratiempos—, la transmisión de la fe se realizaba de una forma casi automática, estando por lo demás los mecanismos de la transmisión integrados en el normal funcionamiento de la sociedad. Se había vuelto difícil comprobar el adagio según el cual uno no nace cristiano, sino que se hace cristiano. Con la distancia que otorga el tiempo, hemos de reconocer los inconvenientes de esta antigua situación...» (*Proponer la fe en la sociedad actual*, 1.^a parte, III.1.).

— *El itinerario y su meta*. Toda iniciación es un camino cuya meta es vivir y celebrar el don recibido y la comprometida respuesta. Las características de ese proceso son diferentes en el catecumenado y en el llamado proceso continuo de iniciación.

La adaptación o inadaptación de los itinerarios es un factor clave. Ante las nuevas generaciones estamos experimentando la urgente necesidad de una revisión y de una nueva búsqueda. Así lo hemos mostrado en el punto 1.1. y así lo testimonian las cuatro hipótesis de trabajo del Coloquio del ISPC: hacia una catequesis de la propuesta, hacia una catequesis más litúrgica, hacia una catequesis iniciática, hacia una presentación más orgánica del misterio cristiano.

En la concepción del itinerario procesual de los bautizados al nacer, son también determinantes: la imagen que los educadores cristianos tengamos de la infancia y de la adolescencia-primer juventud en relación a la vivencia y al modo de *vivencia de la fe que les es propia*; la visión que tengamos del *desarrollo procesual humano* hacia la primera madurez de la libertad necesaria para el acto humano de su creer; y la clarificación de *la meta* del acompañamiento, ya que es lógico, en este proceso de devenir persona en libertad, el asumir una cierta *incertidumbre del futuro* de su fe.

Al tiempo que valoramos la experiencia creyente que les es propia, su presencia y su acción en la comunidad, hemos de asumir que están en proceso de opción libre. Este planteamiento exige una transmisión de la fe que acoga y cuide, respete y alimente, en lo humano y en lo creyente, su proceso hacia el advenimiento de la madurez de su opción.

— *El tipo de catequista*. El perfil de catequista y de la misión encomendada es correlativo al modelo de transmisión programado. Una nueva propuesta de modelo conllevará la exigencia de cultivar un nuevo tipo de catequista.

El tipo de catequista es un factor muy importante, que puede llegar a ser decisivo y que siempre será necesario cuidar. Para muchos de nosotros, a la hora de la evangelización, el paso de un buen planteamiento a una realización de calidad está en correlación con el cuidado del agente evangelizador.

II. ENSAYO DE LECTURA APOSTÓLICA

Nos hemos centrado en la situación que nos interpela: la crisis en la transmisión de la fe en la Iglesia actual, especialmente con las generaciones nuevas; hemos descrito el alcance que tiene, los distintos factores implicados y la variedad de situaciones que pueden existir; sobre todo, hemos constatado la novedad que sobreviene.

Intentemos ahora lo que más nos interesa, hacer una lectura pastoral de esa realidad. La realidad es un lugar de revelación; estos hechos tan densos de nuestro camino apostólico son signos desde los que Dios nos habla y el Apóstol Jesús, el Señor, nos vocaciona; la nueva situación nos pide escuchar la novedad que el Espíritu quiere revelarnos como respuesta a dar desde nuestra tarea catequética; estamos en una nueva hora de nuestra misión.

1. UN NUEVO GIRO

Animado por esta actitud os presento la interpretación que ya he formulado en la revista *Catequética* («La crisis en la catequesis y el nuevo paradigma», *Catequética*, noviembre-diciembre 2003): *vivimos un nuevo contexto socio-cultural-religioso en el que se ha producido una modificación básica de las condiciones anteriormente existentes para la transmisión de la fe; esta modificación supone un verdadero giro histórico que está exigiendo la propuesta de un nuevo modelo de transmisión.*

No nos extrañemos, pues, de los síntomas de crisis; no nos extrañemos de sentirnos perdidos en la praxis catequética ante las nuevas condiciones; y no nos extrañemos de que los programas resulten inadaptados. Asumamos la realidad como una oportunidad de actualización, de avance y recreación en la transmisión de la fe.

Hace mucho tiempo que se viene gestando esta nueva situación; iniciada en la modernidad, está emergiendo con más alcance y novedad en el cambio de época emergente que hoy transitamos. En este paso histórico nos sentimos llamados a un nuevo giro en el modelo de transmisión de la fe y, por tanto, en el modelo de la catequesis de iniciación.

Recordemos, en dos palabras, la historia de los distintos modelos de iniciación para comprender el alcance del reto que, según creemos, se nos presenta.

En el Nuevo Testamento nos encontramos con el *modelo primero* de iniciación, tanto en el ámbito judío como en el pagano; un modelo que podemos calificar de carácter intenso y puntual en una situación eclesial de especial agradecimiento, entusiasmo, minoría y adversidad.

En el siglo III los pastores de las comunidades plantean *un giro importante y decisivo* en la iniciación cristiana con la creación del catecumenado.

Al afianzarse socialmente el cristianismo y convertirse la sociedad en una sociedad cristiana, insensiblemente, por la lógica cultural propia del momento, se produce *un segundo giro* desarrollando el modelo de transmisión por reproducción sociológica que ha permanecido, con unos u otros acentos, hasta nuestros días.

Tomemos como punto de partida más que el edicto de Milán (a. 313), el edicto de Tesalónica (a. 380) por las razones de todos conocidas.

Pues bien, pensemos que *hoy nos encontramos ante la necesidad y la exigencia de un nuevo cambio* en el modelo de transmisión. La crisis constatada, en todos sus síntomas (dificultades, exigencias y búsquedas), revela un tránsito histórico tan profundo que nos exige *un tercer giro* en el modelo de transmisión de la fe.

Estamos ante una quiebra de la transmisión tal y como venía operándose en situaciones de predominio de lo religioso sobre lo social y lo cultural, cuando esa transmisión formaba parte del proceso de socialización que incluía lo religioso como factor determinante; ahora eso sólo parece valer para algunas prácticas religiosas cristianas.

Existe, además, una quiebra también en toda transmisión de la tradición como entrega de un depósito de ideas, valores y normas capaces de regular el presente y orientar el futuro de las personas y las sociedades con la pretensión de reproducirlo clónicamente. La sociedad parece estar a la búsqueda de un

nuevo paradigma cultural, un nuevo paradigma de pensamiento y de transmisión cultural. No podemos pensar que esto no tiene que ver con nosotros.

La lectura que hacemos de la situación nos está exigiendo una renovación de la comprensión y de la realización de la transmisión de la fe no sólo al precio de romper con los moldes heredados, que han estado vigentes durante mucho tiempo, sino también al precio de no limitarnos a simples correcciones; se nos pide un giro copernicano porque se nos pide diseñar un nuevo paradigma.

2. PROPUESTA DE UN NUEVO PARADIGMA

Podemos describir el nuevo giro como un paso de «la reproducción a la recomposición», sustituyendo la transmisión bajo la forma de herencia o mera repetición por *la transmisión bajo la forma de propuesta dirigida personalmente a la persona y que reclama de ella no sólo una acogida sino una apropiación personal*, mediante una elaboración personalizada sin pérdida de los rasgos característicos de un cristianismo fiel. (Juan Martín Velasco, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Sal Terrae, Santander 2002, p. 69).

Según este planteamiento, el proceso de iniciación de las nuevas generaciones se entiende como la tarea de acompañar en la búsqueda personalizada del descubrimiento, de la experimentación y de la asunción de la propia identidad cristiana.

El proceso continuo de catequización de la Iglesia en Castilla (e igualmente otros existentes en otras Iglesias locales) ya señala como meta una fe *personalizada*, comunitaria y comprometida.

La propuesta que hacemos está en esa dirección pero la sitúa en el nuevo contexto cultural y eclesial; la plantea con más radicalidad y la recrea con

verdadera novedad. Nuestra propuesta va más allá y es más configuradora de toda la concepción y realización del proceso.

Es un nuevo y denso desafío; y apasionante, como ya he afirmado. Es un serio y largo trabajo que hay que realizar porque la formulación del nuevo paradigma:

- a. Supone un replanteamiento-de-fondo del modelo existente asumiendo toda la novedad de la situación social-cultural y eclesial-pastoral.
- b. Pide la elaboración de un plan global del nuevo modelo que incluya todo el conjunto de aspectos y elementos implicados en la transmisión y que los plantee bajo el carácter original del nuevo paradigma.
La novedad del modelo no quedará suficientemente garantizada si no diseñamos las nuevas condiciones en las que se haga posible esa transmisión como apropiación personal y si no realizamos una renovación completa de las distintas dimensiones y no sólo de la metodología, aunque también.
- c. Incluye que la comunidad cristiana se repiense como comunidad gestante, como seno nutricional que desarrolla la maternidad responsable de la transmisión dada la importancia del lugar adecuado para la iniciación.
- d. Exige señalar acertadamente los rasgos identificadores de la novedad para luego pasar a desarrollar operativamente las distintas líneas de acción.

3. HACIA UN NUEVO MODELO DE INICIACIÓN CRISTIANA PROCESUAL

A la luz del nuevo paradigma ofrezco las siguientes notas para colaborar en describirlo y traducirlo. Es un ensayo de aplicación al proceso continuo de

catequización para, de ese modo, ir abriendo camino en la dirección señalada.

Son fundamentalmente las mismas sugerencias que he escrito en la revista *Catequética*; tienen una forma condensada que necesitaría comentario y diálogo.

Propongo, como orientación global, ir pensando, diseñando y desarrollando, *en la perspectiva y marco del nuevo paradigma de transmisión de la fe a las nuevas generaciones ya bautizadas, un proceso continuo de pastoral misionera con la infancia-adolescencia-y-primera-juventud y, en su interior, una nueva propuesta procesual catequética.*

Esta proposición implica:

a. Opción de fondo

1. Reafirmación de que, al bautizar a los recién nacidos, *nos comprometemos a una gestación procesual del acto de creer al ritmo de la gestación humana* de la persona hasta el momento en que se hace posible la libre apropiación personal de la fe.

Este compromiso se traduce en un acompañamiento pastoral a lo largo de ese tiempo. Así se viene afirmando pero nuestro actual empeño está en acertar con *un nuevo modelo de ese acompañamiento* tanto en su planteamiento como en su realización.

2. Asunción del *nuevo paradigma para la transmisión de la fe* que hemos presentado y que tiene como objetivo desarrollar esa apropiación y adhesión personal al misterio de la fe cristiana. En el nuevo paradigma este objetivo no es sólo la meta del proceso sino la clave configuradora de su planteamiento y de su desarrollo.

b. Planteamiento global

3. Elaboración de *un proyecto de pastoral de inspiración misionera* con el que realizar ese acompañamiento. Es decir, plantear, más que un proceso continuo de catequización, un «proceso continuo de pastoral evangelizadora» *que incluya «lo catequético en sentido propio» pero que no se reduzca a ello.*

Algunos agentes de pastorales ya están reflexionando sobre este proyecto.

c. Recreación del itinerario catequético

4. Programación de un *nuevo modelo de acción catequética* teniendo en cuenta la situación constatada, el nuevo paradigma, las nuevas condiciones y el proyecto pastoral.

Esta indicación nos demanda, posiblemente, una nueva concepción de *las etapas* y nos pide incluir *procesos diversificados*.

5. Oferta bien cuidada de dos momentos especiales y de una transversal para este nuevo modelo de proceso catequético de iniciación.

El primer momento, en clave de *vivir la experiencia de fe, de experimentarla*. El segundo, en clave de un *ejercicio explícito de apropiación personalizada de la fe*.

El elemento transversal es la entrega de la gramática del anuncio, más que del primer anuncio, de lo nuclear del mensaje cristiano, al mismo tiempo que se hace la entrega de la gramática humana, de la gramática simbólica de la existencia. Sin este utensilio ninguna personalización va a ser posible; y sin aquel, no puede haber apropiación personal de la experiencia cristiana.

d. Nueva configuración del sujeto gestador

6. Nueva concepción del *grupo de catequesis como taller de experiencia*, como ámbito cercano y cálido donde los sujetos aprenden a experimentar y a realizar la mutua percepción de la identidad cristiana.

Nuevo tipo de *relación entre el grupo y la comunidad cristiana de modo que constituyan, de hecho, el contexto vital* en el que se realiza la iniciación y se comparte la forma de vida cristiana.

Y *nuevo perfil de catequista* más en la línea de guía de la iniciación y animador de la experiencia.

7. Maduración de la *implicación de la familia*; potenciación de la acción con las familias y especialmente nuevo planteamiento de la presencia y acción de la familia en el proceso, teniendo en cuenta las distintas etapas y siendo realistas ante los distintos tipos de familia a los que nos hemos referido anteriormente.

e. Evolución metodológica

8. Mantenimiento de unas *mismas claves* de pedagogía desplegando una *pluralidad metodológica* más adecuada a cada programa pero dando *predominio a una metodología iniciática*.

En este campo pensaba que podría ser de interés presentaros tres caminos metodológicos dentro de una misma pedagogía de la interacción, que ya está suficientemente reflexionada. Los tres caminos son: la metodología iniciática, la metodología de la lectura (entiéndase la lectura creyente) y la metodología de la propuesta. Creo que el predominio ha de tenerlo la metodología iniciática, que podemos imaginar como el hecho de dar la mano a alguien, o a un grupo, para que entre a vivir una experiencia y a realizar una acción (en el sentido profundo antropológico); una verdadera mistagogía en la vida cristiana.

Ahora pienso que merece la pena estudiar también las cuatro hipótesis para un nuevo paradigma trabajadas en Coloquio de París 2003: hacia una catequesis de la propuesta, hacia una catequesis más litúrgica, hacia una catequesis iniciática y hacia una presentación orgánica del misterio cristiano. De todos modos este punto de las distintas hipótesis es ya un punto que se ha de debatir teniendo en cuenta nuestra realidad y nuestra experiencia.

f. Asunción operativa del horizonte último de la oferta del Evangelio

9. Reconocimiento de que el itinerario de comunicación de la fe a las nuevas generaciones es una invitación a la libertad sin que esto disminuya el atrevimiento para no sólo acoger sino proponer. En este campo se trabaja siempre con la incertidumbre del futuro y la confianza en el actuar del Espíritu más allá de los recursos y de las previsiones del evangelizador. Es una mística de la gratuidad en la que la catequesis trabaja la infraestructura de calidad humana necesaria para el acto de creer y regala el tesoro de la fe.
10. No quisiera concluir este relato sin indicar que esta búsqueda de un nuevo paradigma para la transmisión de la fe quiere tomar muy en serio y dar calidad humana y evangélica a la tarea que nos preocupa.

Puede parecer que pide un ejercicio de compleja personalización que limita el acceso a la fe a los mejores. No es así; con esta propuesta queremos ofrecer un apoyo al desvalimiento de los más débiles y sencillos, aquellos que carecen de «referentes» y «herramientas» para descubrir el sentido de la vida y que pueden encontrarse perdidos en esta cultura tan plural.

III. UNA INVITACIÓN

Creo que el tema nos preocupa y nos interesa a todos. Espero que estos apuntes puedan servir para ir dando luz y abriendo caminos de acción.

En todo caso os aseguro que están atravesados:

- por una ilusión de suscitar y colaborar en el debate necesario sobre una cuestión tan densa y cargada de futuro; me parece un tema trascendental y es un trabajo necesario y bien apasionante, que exige rigor y libertad y que va a llevar tiempo, contraste de opiniones y ensayos, porque no se trata de un simple remiendo de lo existente ni de una improvisación sino de la búsqueda de un nuevo paradigma.
- por una convicción de que es necesario, en las Iglesias locales del Señor en los territorios de España, abrir un debate que asuma con realismo la situación y que busque con ilusión apostólica la respuesta realizando un estudio largo y tranquilo; este estudio requiere un análisis sin disimulos y una reflexión profunda hasta poder llegar a formular una propuesta.
- Y por una petición: ¿esta asociación podía ser el ámbito y la gestora de ese debate, de esa reflexión y de esa propuesta? ¿Quiere serlo?